



Arte Culinario Alanna Lockward, Crítica de arte - República Dominicana

La luz también se come

Dice Marina Abramovic, autonominada la abuela del performance, que el poder de este instrumento de comunicación visual trasciende el lugar y el momento de su realización, está conectado umbilicalmente con el relato de su experiencia, incluso cuando el mismo tiene la infidelidad. Y se refiere a una artista californiana que se amarró al tope de un automóvil y se paseó por todo Hollywood. Muchos años después descubrió que la acción nunca fue realizada, se limitó a la toma de algunas fotografías. Sin embargo, esa idea transformó su vida.

En la VI Bienal de La Habana, César Martínez presentó un ritual de antropofagia, materializado en la degustación de una escultura humana de gelatina, en el Hotel Sevilla. Se llamó: América G-Latina en el Tratado de libre comerSE.

No estuve presente y a pesar de ello disfruté igualmente la imagen poderosa de esta complicidad con el horror que distingue la creación ya emblemática del artista, en nuestras conversaciones sucesivas. Porque si hay algo característico en César Martínez es su pasión por la palabra, por sus misterios y revelaciones. Descompuesto y vuelto a articular, masticado, digerido y defecado, el significante y su corteza son el Lego del que se sirve para confeccionar ora filosos tallados mentales, muy al estilo de Beuys, ora riachuelos de combinaciones líricas de albiónica ironía, caudales borganianos, pasteles sabrosísimos para la imaginación y el discernimiento.

Envuelto en la trama del lenguaje y su residual almacén de utilerías conceptuales, César Martínez dedica gran parte de su tiempo a la docencia en la Universidad Autónoma Metropolitana, donde comparte créditos por la formación de varias generaciones de creadores. El hermetismo es su antítesis. Sin embargo, el *modus operandi* de su receta humano-comestible, ya sea en gelatina o chocolate, continuará siendo un misterio para el resto del mundo, con excepción de los colegas reposteros del Hotel Lina, que secaban su sudor y le servían el café en la boca, admirados hasta la postración en las dos ocasiones en que preparó su receta monumental en República Dominicana. La primera de ellas fue presentada dentro del III Festival Internacional de Teatro, en el Museo del Hombre Dominicano, el Día de la Raza; y la segunda en Santa Bárbara, al aire libre, para la IV Bienal del Caribe. Ambos eventos fueron vinculados a través del

proyecto Días y Noches Hábiles con Josefina Báez, Nicolás Dumit Estévez, César Martínez y Orlando Menicucci, curado por quien escribe y documentado fotográficamente por Miguel Gómez dentro de las exposiciones paralelas de la Bienal.¹

Dada la fecha pospuesta de inauguración, la PerforMAN-cena, El Hombre de Ébano y Sol, coincidió con ella, facilitando así la asistencia masiva del público especializado a esta zona marginada por los planes de desarrollo urbano de la Oficina de Patrimonio Cultural. Irónica y felizmente, fue esta misma dependencia la responsable de entregar a la comunidad y al artista un escenario habilitado especialmente para el evento con relleno de grava para cubrir los charcos y conexión eléctrica para la luz y el sonido.

Esta versión de la PerforMAN-cena, que anteriormente se ha afiliado a las relaciones Norte-Sur, en México, España, Estados Unidos, y la ya citada en Cuba; fue concebida como un doble homenaje a la animación cultural de la comunidad y a la negritud. En Santa Bárbara estuvo la primera plaza subastadora de esclavos del Nuevo Mundo, de allí la rúbrica del callejón La Negreta, donde originalmente

se pensó en realizar el banquete, y que tuvo que negociar con las cuestiones técnicas el ser transferido al coloquial muro de la vergüenza, frontera entre la sofisticación de la Zona Colonial y la ruina de Santa Bárbara.

De espaldas al Ozama, con la magnífica vista de la Avenida del Puerto, o Coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó, héroe de la resistencia a la invasión norteamericana de 1965; resguardada por los murales que distinguen la gestión cultural de la comunidad -que combina expresiones artísticas y agendas reivindicativas en la Bienal Marginal, de la autoría de Silvano Lora-, El Hombre de Ébano y Sol comulgó con la noche y sus convidados al son de los tambores de la Cofradía del Espíritu Santo del maestro Sixto Menier, consagrada esta última por la UNESCO como Patrimonio Frágil de la Humanidad.

La anatomía de 88 kilogramos -descuartizada a machetazo limpio luego de la sobrecogedora introducción del exquisito cadáver con el texto anexo al pie-, rindió para saciar el apetito infantil y adulto con su delicada orquestación de maestría escultórica y culinaria; chocolate claro y semiamargo oscuro, lecitina de cacao, vainilla, canela molida, romope y relleno de nueces, pastel envinado, almendras y cerezas. Los pequeños, que habían pegado por la mañana los afiches de la Bienal y convocado a través de un panfleto al vecindario, formaron desde tempranas horas su expectante anfiteatro con sillas traídas de sus casas.

Fueron momentos inolvidables. Cada segundo parecía hincharse y salir disparado hacia el cielo -o las manos de un niño-, ahito de sentido, demurrando con cada pulsión infinitos muros perceptores. Fue la negritud digerida, el antihaitianismo reprobado, la marginalidad sublimada, la comunión de los sabientes con los ignorados, la entrega total de César Martínez para quien cuarentaiocho horas de preparación apenas son suficientes para servir su oscura tentación a la luz pública.



1. Las dos presentaciones de El Hombre de Ébano y Sol fueron posibles gracias a la generosa contribución del FONCA, CONACULTA, la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Producción de Art Labour, Santo Domingo.